

# INVENCIÓN Y DOCTRINA EN LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES

ROSA NAVARRO DURÁN  
Universidad de Barcelona

A Francisco Márquez Villanueva, que ha unido rigor y originalidad, maestría e innovación en sus estudios, quisiera ofrecerle como humilde homenaje estas nuevas reflexiones sobre el *Lazarillo*.

Alfonso de Valdés, en el prólogo a su *Diálogo de Mercurio y Carón*, al negarse a poner en él su nombre “porque no pareciese pretender yo desto alguna honra”, daba el mérito al Emperador, que con sus obras justificaba la causa que él había defendido, si lo había hecho bien; y citaba sus modelos para “la invención y doctrina”: “si la invención y doctrina es buena, dense las gracias a Luciano, Pontano y Erasmo, cuyas obras en esto habemos imitado”<sup>1</sup>. Y, en efecto, la construcción literaria del diálogo, con sus dos conocidos personajes, y su aguda ironía son herederos del discurso literario de los tres escritores; y su ideología es claramente erasmista. Alfonso de Valdés había aprendido a manejar la ironía como sus maestros; lo había hecho ya en su primer *Diálogo*, el *de las cosas acaecidas en Roma*, como le reprochaba su peligroso enemigo, el nuncio papal, Baltasar de Castiglione: “E tra l'altre cose ho notato che in alcuni luoghi, molti vi dilettrate di essere faceto, e di dire grazie e piacevolezze acutamente”<sup>2</sup>. Había derrochado agudeza y sutil humor en el desfile de las ánimas condenadas de la primera parte del *Diálogo de Mercurio y Carón* para conseguir que los lectores lo leyeran con gusto (“en estilo que de todo género de hombres fuese con sabor leído”); las “gracias y buena doctrina” de esas ánimas hacían llevadera la historia política que contaba Mercurio a Carón, “por ser la materia en sí desabrida”, p. 73. Pero donde alcanza su más alta cima en el ejercicio de la finísima ironía inteligente es en su tercera obra, en *La vida de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades*. En ella la invención ocupa todo el espacio de la escritura, pero la sigue sustentando la ideología, la *doctrina* erasmista.

1. Alfonso de Valdés, *Diálogo de Mercurio y Carón*, ed. de Rosa Navarro, Madrid, Cátedra, 1999, p. 74.

2. Alfonso de Valdés, *Obra completa*, ed. de Ángel Alcalá, Madrid, Biblioteca Castro, 1996, p. 553.

Voy ampliando lentamente el inventario de las obras que leyó Alfonso de Valdés y cuya huella puede verse en la invención y doctrina de sus obras; así sumo ahora a las que ya he señalado<sup>3</sup> dos libros de caballería, *Claribalte*, de Gonzalo Fernández de Oviedo, y *Lisuarte de Grecia*, de Feliciano de Silva, y unas anotaciones llenas de erudición: las glosas de Hernán Núñez a las *Trescientas* de Juan de Mena. Pero mi propósito es además empezar a analizar los distintos componentes que tiene la “invención” del *Lazarillo* y sumarles los elementos que dibujan la doctrina.

## 1. TEJIDO PARA LA INVENCION

En mi primer ensayo sobre las fuentes del *Lazarillo*, o las lecturas de su autor, Alfonso de Valdés, puse de manifiesto cómo el personaje tiene sus raíces en *La Celestina* y en las obras que siguen su senda, *La comedia Tebaida*, *La Lozana Andaluza*<sup>4</sup> y en las comedias de Torres Naharro, sobre todo, en la *Tinellaria*; es un mozo de muchos amos, y su declaración, oral –porque Lázaro no sabe escribir– es un ejemplo insuperable de esa lengua “natural”, como dice su hermano Juan, que tiene la obra de Fernando de Rojas. Pero curiosamente en ella asoman expresiones de los libros de caballerías que habían ocupado los años que el propio Juan de Valdés dice que había gastado “en palacios y cortes”<sup>5</sup>. En ellos estaría al lado de Alfonso, secretario de cartas latinas del Emperador, que había leído también “estos libros que matan hombres”, como decía otro cortesano contemporáneo, Garcilaso de la Vega.

### 1.1. Los libros de caballerías

De esa lectura del *Amadís de Gaula*, *Oliveros de Castilla*, *Lisuarte*, *Claribalte*, etc., pasaron a la boca de Lázaro de Tormes usos lingüísticos que se convierten así en instrumento de la ironía. He analizado ya algunas de estas expresiones: “tomar por la mano”, “santiguarse”, “don traidor”, “la cosa del mundo que yo más quiero”, etc.<sup>6</sup>, que aparecen en *Amadís de Gaula* y en *Oliveros de Castilla*. Añadiré ahora otras que están en *Claribalte*, de Gonzalo Fernández de Oviedo, impreso en Valencia,

3. En mis dos ensayos: *Alfonso de Valdés, autor del “Lazarillo de Tormes”*, Madrid, Gredos, 2003, y “*Lazarillo de Tormes*” y las lecturas de Alfonso de Valdés, Excma. Diputación Provincial de Cuenca, 2003.

4. Como lo señaló Francisco Márquez Villanueva: “Que entre ambas obras existe una relación, nos parece un hecho palpable, imposible de soslayar. Además de una atmósfera de sátira y picaresca que lo impregna todo, encontramos en *La Lozana* una enorme cantidad de sugerencias que parecen haber sido desarrolladas después por el seguro instinto técnico del autor del *Lazarillo*”, “Sebastián de Horozco y el *Lazarillo de Tormes*”, *Revista de Filología Española*, XLI (1957), p. 263.

5. Juan de Valdés, *Diálogo de la lengua*, ed. de Cristina Barbolani, Madrid, Cátedra, 1982, p. 248.

6. Rosa Navarro Durán, “*Lazarillo de Tormes*” y las lecturas de Alfonso de Valdés, pp.33-50.

por Juan Viñao, en 1519; y en *Lisuarte de Grecia*, de Feliciano de Silva, libro séptimo del *Amadís de Gaula*, impreso por primera vez en 1514 (cuya edición no conservamos), y por segunda en 1525, en la imprenta sevillana de Jacobo y Juan Cromberger. En ellos siguen además apareciendo algunas de las construcciones citadas como “tomar por la mano” o “contar su hacienda”, porque forman parte de la lengua de ese género literario. En boca de Lázaro, aplicados a los trabajos y adversidades de su vida, su valor referencial se convierte en instrumento de la ironía.

### 1.1.1. Expresiones y gestos en *Claribalte*

*Claribalte*, dedicado a don Fernando de Aragón, duque de Calabria, prisionero por entonces del Emperador, comienza descrito cómo “Este es un tratado que recuenta las hazañas e grandes hechos del Cavallero de la Fortuna, propriamente llamado don Claribalte, que según su verdadera interpretación quiere dezir Félix o bienaventurado”<sup>7</sup>. Aparentemente todo lo contrario del desventurado Lázaro, que así se llama porque es pobre, como veremos, y cuya vida está definida por “las fortunas y adversidades”; aunque en la dedicatoria dice Fernández de Oviedo que “considerando los reveses por donde pasan los hombres, veáis las adversidades d'este cavallero e en cuánta felicidad acabaron”. Se ofrece como *tratado*<sup>8</sup> (recordemos que el *Lazarillo* está dividido en siete, tantos como amos, porque los dos que no pertenecen al ámbito eclesiástico o al cortesano son sólo tampantojos); aunque es calificado también como “crónica”, en donde se habla de “algunas de las cosas que han acaecido en el mundo”. El autor anuncia otras partes de esa crónica y lo hace diciendo que serán más gratas a los lectores “demás de ser mayores e de más istoria, tienen muchas cosas peregrinas e no vistas en otros *tratados*”, que nos recuerda la expresión “cosas tan señaladas, y por ventura nunca oídas ni vistas”<sup>9</sup> del comienzo del prólogo del *Lazarillo*, tan grata a Alfonso de Valdés<sup>10</sup>, que reaparece también más adelante: “e de tal manera se juntaron que pareció bien cosa no oída ni vista”, p. 88.

7. Gonzalo Fernández de Oviedo, *Claribalte*, ed. de Alberto del Río Noguerras, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2001, p. 2.

8. Así llama también Alonso de Proaza a *La Celestina*: “quando este muy dulce y breve *tratado*”, *Historia de dos amantes* de Eneas Silvio Piccolomini: “Fin del presente tratado de los dos amantes Eurialo franco y Lucrecia senesa”, impreso asimismo en Sevilla, por Jacobo Cronberger, en 1512. Los editores de *La Celestina*, Barcelona, Crítica, 2000, indican “cómo no es inusual llamar *tratado* a una obra de ficción que presenta un ejemplo moral; en este caso se encuadraría en la tradición del *tratado de amores*, tan en boga en la época”, p. 354. Pero el término se aplicaba también a obras de contenido científico o de no ficción; así Juan de Valdés habla de “tratado” refiriéndose al contenido de su *Diálogo de doctrina cristiana*. M. Rodríguez e introd. de R. Navarro, Barcelona, Octaedro, 2003, p. 105. Cito por esta edición.

9. Alfonso de Valdés, *La vida de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades*, ed. de M. Rodríguez e introd. de R. Navarro, Barcelona, Octaedro, 2003, p. 102.

10. Véase “*Lazarillo de Tormes*” y las lecturas de Alfonso de Valdés, p. 102.

La espada del Caballero de la Rosa, otro nombre de don Félix, nada tiene que ver con la del escudero, pero sí el gesto. El Rey le pide que se la muestre, y dice el narrador: “E como la sacó de la vaina, no tenía sino hasta la mitad d'ella porque se le avía quebrado e aquello que quedava todo era lleno de mellas, que parecía sierra”, p. 53. También la saca el escudero, pero no tiene mella alguna. En *Primaleón*, Polendos verá una espada “tan buena y tan rica que otra mejor qu'ella no se podría fallar”, la coge y “sacóla y miróla mucho y precióla desque la vido tan buena, y dixo en su coraçón que de allí adelante aquella traería él, y así lo fizó, que luego se la ciñó”<sup>11</sup>. El gesto del escudero lleva a recordar al lector esos otros de los valerosos caballeros.

Sí, en cambio, es igual el resultado de las visitas de don Félix a la princesa que el de las de Zaide a la madre de Lázaro: “De manera que con aquellas visitaciones y con hazer Laterio que no veía y Fulgencia que no sentía, la princesa se empreñó de un hijo”, p. 61. Lázaro lo cuenta comenzando de forma parecida: “De manera que, continuando la posada y conversación, mi madre vino a darme un negrito muy bonito”, p. 113.

Las solemnes bodas de don Félix con la princesa Dorendaina se festejaron con muchas justas: “E no solo pararon estos regozijos e fiestas entonces, porque más de treinta días continuamente duraron sin que cesassen los torneos e justas”, p. 127. Y la cita podría avalar la variante “regocijos y fiestas” de las ediciones del *Lazarillo* de Medina, Amberes y Alcalá, frente a la omisión de “fiestas” en la de Burgos: “y se hicieron grandes regocijos”, p. 209.

### 1. 1. 2. Asuntos y escenas de *Lisuarte de Grecia*

El prólogo de *Lisuarte de Grecia* comienza con el tema de la fama, asunto central del *Lazarillo*:

En el tiempo de los passados antiguos que más de nacer e morir no tuvieron, assí de los notables romanos como de otros que antes d'ellos fueron, se lee, Reverendíssimo e muy Magnífico Señor, que muchos por dar vida a la fama davan fin a la vida, p. 3.

Lo ejemplifica con dos ejemplos de caballeros (“aquel famoso çamorano”, “e assí mesmo de aquel Catón”), y cierra la enumeración con un etc.: “E sin estos, otros exemplos de muchos cavalleros ay de cuyas hazañas las historias están llenas, dexando de sí fama de notable recordación e muy acabada gloria de sus famosos hechos”. Siguen luego los que aventuran su vida por Dios, “no solamente en aquello que a su fama tocava, mas en lo que a Nuestro Señor Dios servir pensavan”, de tal forma

que así alcanzaron no solamente “la memorable fama, sino “la eterna gloria”, y cita en este caso “la muerte de aquel ínclito conde de Niebla sobre Gibraltar [...] con la de aquel magnífico adelantado Diego de Ribera sobre la villa de Antequera, y del Adelantado de Perea sobre la fuerça de Castrillo. Que todos estos en guerras muy justas por acrescentamiento e defendimiento de la fe contra los infieles, como esforçados cavalleros recibieron la muerte dando vida a la fama e gloria a las ánimas, con otros muchos buenos cavalleros que les tuvieron compañía”, p. 4. Todos estos casos los presenta como ejemplos, así añadirá que “todas las cosas donde buenos exemplos se puedan tomar no se deven dexar de oír, puesto que fabulosas sean”.

El planteamiento del prólogo del *Lazarillo* se asienta también en el deseo de la fama que todos tenemos, pero ya asoma en él la ironía. Desde el soldado más bajo al señor o al cura, lo que les interesa es precisamente la alabanza; y la anteponen a la propia vida, a la salvación de las almas o a la verdad; no hay héroes conocidos, sino anónimos presuntuosos. Si lo contraponemos a la negativa de Valdés de que figure su nombre en el *Diálogo de Mercurio y Carón* diciendo que “no lo quise hacer porque no pareciese pretender yo desto alguna honra, no mereciéndola”, p. 74, se ve perfectamente cómo desde el prólogo de su obra de ficción asoma la demoledora ironía.

En *Lisuarte* encontramos también las comentadas expresiones: “tomándole por la mano”, p. 7; “dexándome libre sin más saber de mi fazienda”, p. 19 o “de su hazienda no sé dezir más”, p. 22; “don traidor”, p. 31, o “don cavallero malo, p. 148; “¡Ay mal cavallero, que mataste la cosa del mundo que yo más quería!”, p. 153. Y oímos al caballero que se ofrece como servidor a una dama: “Dende oy más, mi señora, me recibid por vuestro, que en mi vida no seré de otra”, p. 27; y en otro pasaje dice el narrador: “luego propuso de ser su cavallero e hazer tales cosas por su servicio que, cuando ella fuesse de edad, se tuviesse por contenta de tenerle por suyo”, p. 184; en el *Lazarillo* es el clérigo el que recibe por suyo a Lázaro: “Finalmente el clérigo me rescibió por suyo”, p. 137; o el capellán: “un capellán de ella me recibió por suyo”, p. 203.

Cuando amanece, se viste Lisuarte: “Venida la mañana como dicho es, Lisuarte se levantó e vistió una garnacha de otro sembrada de muchas perlas, que estava tan apuesto que todos se espantavan de le ver”, p. 24. No hay más que comparar esta escena a la descrita por Lázaro: “La mañana venida, levantámonos, y comienza a limpiar y sacudir sus calzas y jubón y sayo y capa; y yo que le servía de pelillo”, p. 164. Pero aún es mayor el contraste entre un momento de apuro idéntico que viven Lisuarte y Lázaro. La traidora infanta Melía “tomándole por el collar del aljuba de brocado que traía vestida, dixo: — Tráiganme unas gruessas cadenas, que yo vos pondré a tal recaudo donde esté sin temor de vos”, p. 33. A Lázaro es el alguacil el que le echa mano “por el collar del jubón, diciendo: — Mochacho, tú eres preso si no descubres los bienes de este tu amo”, p. 185; no lleva precisamente un aljuba de brocado.

11. *Primaleón*, ed. de M<sup>a</sup> Carmen Marín Pina, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1998, p. 28.

El Caballero Solitario, después de una dura batalla, muy cansado “se sentó en un poyo de los de la ventana limpiando su espada e metiéndola en la vaina”, p. 122; el pobre escudero se sienta en un poyo porque no hay otro lugar donde hacerlo en su casa vacía; presume de espada, la saca de su vaina, pero no tiene ni mella por el uso ni utilidad alguna.

El Caballero de la Esfera abraza a Alquifa y “le dixo passo que nadie lo oyó”, p. 40. Lázaro utiliza la misma expresión ante el calderero: “dije paso, que no me oyó”, p. 143; y ante un comentario del escudero: “¡Con mejor salsa lo comes tú! –respondí yo paso”, p. 172. Este pobre amo le dice a Lázaro por la noche (“hecha la cama y la noche venida”): “Pasemos como podamos”, p. 163. Así lo hacen los turcos: “Y essa noche passaron lo mejor que pudieron”, p. 55. Lázaro, su primera noche de ayuno con el escudero, la vive casi sin dormir, desesperado, y llega a pedir la muerte: “Maldíjeme mil veces (Dios me lo perdone), y a mi ruin fortuna, allí, lo más de la noche; y lo peor, no osándome revolver por no despertalle, pedí a Dios muchas veces la muerte”, p. 164. El Caballero de la Vera Cruz, al leer lo que dice una carta, se desmaya y, vuelto en sí, “començó de maldezir su ventura e la fortuna que tan contraria le era [...] Muchas vezes estuvo por se matar de desesperado”, p. 112. Su contraria fortuna tiene, sin embargo, una manifestación muy distinta.

La expresión “que ya más querría ser muerta que biva” que dice una dama, p. 41, nos lleva a la de Lázaro, “quisiera ser muerto antes que...”, p. 208. Algo semejante sucede con “No me ayude Dios si yo puedo si la cabeça de aquella sierpe no llevo”, p. 125, “No me ayude Dios si vos hacéis vuestra voluntad a mi poder”, p. 127, que es fórmula cercana a “Y mejor les ayude Dios que ellos dicen la verdad” del *Lazarillo*, p. 207. Y es de nuevo expresión corriente en los libros de caballería, así también aparece en *Primaleón*: “no me ayude Dios si no lo embío a saber”, “Dios no me ayude si yo no lo veo”, pp. 7 y 20.

Alfonso de Valdés leyó muy cuidadosamente *Lisuarte*, el relato del regidor de Ciudad Rodrigo, Feliciano de Silva; se ve en su *Lazarillo de Tormes*, pero también en el *Diálogo de Mercurio y Carón*. Al comienzo de la primera parte, Mercurio pide albricias a Carón por la noticia que le va a dar; y en el de la segunda, Carón está en la montaña con una porra para asaltar a las ánimas que van al cielo. En *Lisuarte*, el Emperador “mandó fazer grandes alegrías por las nuevas, e al mensajero mandó dar grandes albricias”, p. 34; y Alquifa le dice al Caballero de la Esfera que va a la Emperatriz “a contarle lo que ha passado e pedirle las albricias”, p. 101. Amadís y Esplandián, sin darse a conocer, justan con muchos caballeros, los derriban y les quitan los caballos. Urganda la Desconocida les dirá: “¿Vosotros, señores, que avéis de tener pacíficos vuestros reinos, andáis a saltar caminos?”, p. 109. Si la primera concordancia puede ser evidentemente casual por lo corriente de la idea, no lo es la segunda ya que en ambos casos el oficio de “salteador” lo asume una persona digna, con un papel establecido muy distinto, y se convierte así en motivo de risa.

## 1. 2. Las novelas

Los libros de caballería le permiten ciertos guiños irónicos al escritor desde el texto del *Lazarillo*; la ironía, como dice él mismo, la había aprendido de Luciano, de Pontano, de Erasmo; pero también de las *novelas* de Boccaccio y de Masuccio. La estofa del relato de Lázaro es tan rica que une a la herencia literaria celestinesca la de las comedias –de Plauto, de Torres Naharro–, y a ambas, la de las *novelas* italianas. A ello tienen que sumarse detalles de las numerosas lecturas de Alfonso de Valdés, desde la *Obra de agricultura* de Gabriel Alonso de Herrera a las *Quincuagenas* de fray Luis de Escobar o las glosas de Hernán Núñez a las *Trescientas* de Juan de Mena.

En *Il Novellino* de Masuccio Salernitano, hay confesores avariciosos, como fray Antonio de san Marcello, el protagonista de la novela X, que confesando vende el paraíso, pero a su vez es estafado por dos ferrareses. Y juicios sobre los malos clérigos que coinciden con los de Alfonso de Valdés, como el que cierra esta novela: “Tanto sono le occulte beffe e gli dolusi inganni, che gli religiosi continuo fanno contra i miseri seculari, che non è da maravigliare, si loro talvolta dai proidenti sono altresì con arte e ingegni beffati”<sup>12</sup>. (Habría que analizar la presencia de estas novelas en la literatura española; la novela XLVI es la fuente del relato del *Abencerraje*, y la XXI de la historia contada en él; pero en la XLVII hay curiosas concordancias con la historia de *El alcalde de Zalamea*.) La novela XLIX tiene un ataque feroz contra el papa, Alejandro IV, que Alfonso de Valdés había leído muy bien al escribir su *Diálogo sobre las cosas acaecidas en Roma*:

*Il soldano [...] nondemeno con seco medesimo iudicò essere grandissima pravità de tale pessima generazione de cherici, confirmandosi con quello che da multi volte avea sentito dire, che 'l summo pastore con la maior parte de lo suo consistorio non sulo era de superbia e d'avaricia, de invidie e illicite lussurie amacchiato, ma d'ogne scelestissimo e nefando vicio repleto, p. 434.*

La novela IV es la fuente del episodio del buldero, como indicó ya Morel-Fatio<sup>13</sup>, y la IX es la que lleva a Alfonso de Valdés a imaginar la estructura del *Lazarillo*, con el secreto de confesión en peligro por la condición de amancebado del arcipreste<sup>14</sup>. También el tratado del mezquino clérigo le debe detalles a Masuccio, desde la mirada ávida del cura al cestito de las limosnas mientras dice la misa, a la persecución que hace con un garrote a la imaginaria serpiente que supuestamente le come los bodigos del arcaz.

12. Masuccio Salernitano, *Il Novellino*, ed. de Giorgio Petrocchi, Firenze, Sansoni, 1957, p. 117.

13. *Vie de Lazarillo de Tormès*, traduction nouvelle et préface de A. Morel-Fatio, Paris, 1886, p. XIII. Lo comenta R. Foulché-Delbosc, “Remarques sur *Lazarille de Tormes*”, *Revue Hispanique*, VII (1900), pp. 88-89.

14. Lo demuestro en “*Lazarillo de Tormes*” y las lecturas de Alfonso de Valdés, pp. 90-99.

Boccaccio y Masuccio le dan a Alfonso de Valdés materia que nutre su invención sobre los clérigos, sobre su avaricia, los falsos milagros con que estafan a los crédulos fieles, sobre los secretos confiados en confesión en peligro por la vida viciosa de los curas, sobre su lujuria y la facilidad que tienen para sus conquistas desde su posición privilegiada de pastores de almas. Y esa materia está formada no sólo de juicios, sino de estofa narrativa; pasa a formar parte de su invención.

Alfonso de Valdés tiene una intuición espléndida para asimilar de sus lecturas lo que tiene potencia narrativa; una muestra de ello es que supo también tomar elementos de esa primera *summa* vulgar de conocimientos, al modo de las futuras silvas, que son las glosas de Hernán Núñez a las *Trescientas* de Juan de Mena.

### 1. 3. La lectura de Alfonso de Valdés de las glosas de Hernán Núñez a las *Trescientas* de Juan de Mena

Aristides Rumeau<sup>15</sup> señaló en el *Lazarillo* dos lugares de las glosas a la obra de Mena del Comendador griego: la cita de Cicerón del prólogo tal como la traducía Hernán Núñez, “la honra cría las artes”, en un contexto además semejante, y la expresión del mismo prólogo “confesando yo no ser más sancto que mis vecinos”. El primero figura en los preliminares de la obra, en el apartado inicial, tras el prólogo, donde habla “De la vida del auctor y de la intinción que le mouió a escreuir, y del título de la obra”. Dice Hernán Núñez:

Quanto a la intinción que le mouió a escreuir fue la que por la mayor parte suele mouer a todos los que escriuen algunas obras: desseo de ser loados y tenidos por scientes y hazer su nombre inmortal porque, como Tullio escriue en la primera *Thusculana*, *Honos alit artes omnesque incendimur [sic] ad studia gloria*, que quiere dezir “La honra cría las artes, y todos nos incitamos al estudio por cobdicia de la gloria”<sup>16</sup>.

Y en el *Lazarillo*: “Porque, si así no fuese, muy pocos escribirían para uno solo, pues no se hace sin trabajo, y quieren, ya que lo pasan, ser recompensados, no con dineros, mas con que vean y lean sus obras y, si hay de qué, se las alaben. Y a este propósito dice Tulio: “La honra cría las artes”, p. 106. La fuente es evidente, como indicó sorprendido Rumeau, y sobre todo al descubrir la segunda concordancia: “La citation de Cicéron est si banale que nous pouvons la trouver ici et là sans surprise. La petite phrase, déguisée ou non en expression banale, ne nous était connue que par le *Lazarillo*. Ce qui est troublant, c'est de les trouver deux fois côte à côte, dans un livre signé et dans un livre anonyme”, p. 189.

15. “Essai d'attribution”, en *Travaux sur le “Lazarillo de Tormes”*, ed. préparée par Augustin Redondo, París, Éditions Hispaniques, 1993, pp. 187-200.

16. *Las CCC del famosísimo poeta Juan de Mena con glosa...* compuesta por Hernand Núñez de Toledo, Sevilla, Joannes Pegnizer de Nurenberga y Magno y Thomas, compañeros alemanes, 1499, f. V.

La frase a la que hace mención aparece así en las glosas de Hernán Núñez:

Otras algunas auctoridades podría traer en las cuales se comprueua esta materia de la cosmographía ser muy difficultosa y que pocos la saben bien, por ende yo como sea humano y no mejor que mis vezinos, como aquel dize<sup>17</sup>, pido desde agora perdón al benigno lector, f. XXI v.

En el prólogo del *Lazarillo* figura así: “Y todo va de esta manera; que, confesando yo no ser más sancto que mis vecinos, de esta nonada que en este grosero estilo escribo, no me pesará que hayan parte y se huelguen con ello todos los que en ella algún gusto hallaren”, pp. 107-108.

A Rumeau estas concordancias le llevaron a atribuirle a Hernán Núñez el *Lazarillo*; lo que no advirtió el ilustre hispanista es que no son las únicas; y no son marcas de autoría, sino de lectura, porque no sólo aparecen en el *Lazarillo*, sino también en los dos *Diálogos* de Alfonso de Valdés. Y algunas de las huellas de esa atenta lectura son muy significativas.

#### 1. 3. 1. Nuevas concordancias en los prólogos

La metáfora náutica con que Lázaro cierra su creencia, “y cuánto más hicieron los que, siéndoles [fortuna] contraria, con fuerza y maña remando, salieron a buen puerto”, p. 110, es común. Sin embargo, Hernán Núñez no sólo la utiliza sino que la glosa ampliamente. En el comentario a la copla CCXXVII, traduciendo a Séneca en *Agamenón*, dice: “Qualquier cosa que la fortuna ensalça es para derribarla. Las cosas medianas duran más tiempo. Bienaventurado es aquel que, en el humilde estado de los populares, nauega con vientos seguros y, temiendo de entrar en lo hondo del mar con grand naue, anda cerca de la ribera en pequeño barco”, f. CLVI. Pero podría calificarse de fuente o de uso común. Al comentar “a puerto tranquilo” de la copla CXLVII de Mena, dice “Navegar en puerto suelen dezir en latín tener tranquilidad y estar en pacífico estado y sin daño; lo contrario de lo qual padece el que nauega por lo hondo del mar, que está dispuesto para rescebir peligro”, f. CXVI v.

Y al llegar a la última copla de las *Trescientas*, ante “La flaca barquilla de mis pensamientos / veyendo mudança de tiempos oscuros / cansada ya toma los puertos seguros”, comenta largamente el motivo. Y después de hablar de la navegación aplicada a la obra (“metáphora o similitud muy graciosa de que muchas vezes usan

17. A. Rumeau indica cómo en la segunda edición, de 1505, desaparece el primer prólogo y el breve ensayo sobre Juan de Mena con la cita de Cicerón; tiene otro prólogo en el que repite la expresión “no mejor que mis vecinos” sin el añadido de “como aquel dice”, que también quita de la segunda cita. Como subraya el ilustre hispanista: “Nous lisons donc deux fois, en 1505, la petite phrase sous la plume d'Hernán Núñez et, les deux fois, il en assume l'exclusive paternité”, p. 191.

los poetas compararse a sy o a su estilo a las naues, y la materia en que escriuen al mar”), añade:

Suelen también usar los auctores desta traslación en otro propósito, y los que han gozado de próspera y fauorable fortuna dizen que su barca ha llegado a puerto, y los que no, por el contrario, que nauegan con tempestad o fortuna, f. CLXXXIX.

A esta posible concordancia, hay que añadir otra situada también en el paratexto. Al final de las glosas, Hernán Núñez comenta su tarea, afirma haber sido el primero que ha osado llevarla a cabo, pide perdón por sus yerros y añade: “Y si todavía, por el juyzio de los scientes y doctos hombres, a la corrección de los quales en todo me someto, fuere comprobado auer sido este mi trabajo vano e inútil y no ouiere alcanzado el fin de mi propósito...”, f. CXC v. Alfonso de Valdés acaba el prólogo de su *Diálogo de las cosas acaecidas* diciendo: “que si alguna falta en este Diálogo hallaren, interpretándolo a la mejor parte, echen la culpa a mi ignorancia y no presuman de creer que en ella intervenga malicia, pues en todo me someto a la corrección y juicio de la santa Iglesia, la cual confieso por madre”<sup>18</sup>.

Y si pudieran parecer sólo coincidencias de ambos escritores en fórmulas tópicas, el comienzo del relato de Lázaro pone de manifiesto sin lugar a dudas la presencia de las glosas en el tejido literario que le da a la obra esa asombrosa riqueza oculta.

### 1. 3. 2. El nacimiento de Lázaro y las biografías de las glosas de Hernán Núñez

Alfonso de Valdés tomó para el nacimiento de Lázaro elementos de tres biografías contadas por Hernán Núñez: la de santo Tomás de Aquino, la de Homero y la de Virgilio, que además compartían motivos literarios. Dice el Comendador griego de santo Tomás:

Este santo dotor fue natural de Aquino, lugar de Campania, prouincia en Italia; de claro e illustre linage. Su padre ouo nombre Landulfo y su madre Theodora. Dízese que, estando su madre preñada dél, yendo a una heredad suya, encontró con un onbre anciano que tenía la barba luenga y cana y traya en la mano derecha un cayado y en la otra una imagen pequeña de Nuestra Señora y debajo della la imagen de santo Domingo; el qual le dixo que se alegrase, que en el vientre traya un hijo que auía de ser grand servidor de Dios [...] Dízese también que su padre Landulfo preguntó a algunos astrólogos que sabían las cosas venideras del hado o ventura de su hijo, y que los astrólogos le respondieron que menospreciaría las honras y hazienda de su padre porque por otra vía sería muy bienaventurado y dichoso y que auía de amar mucho aquella cosa con

18. Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*, ed. de Rosa Navarro, Madrid, Cátedra, 1992, p. 80.

que se suelen halagar a los niños quando lloran, significando que sería dado a los libros y a la sciencia porque, quando los niños lloran, suelen los acallar con algunos papeles o cartas o cosas semejantes, f. LXXX.

Además del esquema semejante del inicio (“hijo de Tomé González y de Antona Pérez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca”), aparece el motivo de la profecía que el ciego hace a Lázaro de ser bienaventurado... aunque no con vino, sino con los libros. Todo el excursus sobre cómo se acalla a los niños con papeles podría dar luz sobre una lectura dudosa del *Lazarillo*. En las cuatro ediciones de 1554, dice Lázaro: “mi madre vino a darme un negrito muy bonito, el cual yo brincaba y ayudaba a calentar”; el censor Juan López de Velasco, en el *Lazarillo castigado*, de 1573, edita “a acallar”. Como comenta Caso: “Obsérvese que esta variante mejora mucho el texto, tanto que, más que corrección, parece la original”<sup>19</sup>. Aldo Ruffinatto la acepta<sup>20</sup> y la incorpora a su edición<sup>21</sup>. La presencia de “acallar” referido a los niños en ese pasaje de las glosas, que deja su huella evidente en el *Lazarillo*, podría ser la prueba de que, en efecto, el verbo que figuraría en el original sería “acallar”, y que “calentar” podría ser una mala lectura debida a la cercana presencia de este verbo (“a que nos calentábamos”).

El uso de la expresión “la madre preñada de él” y el alumbramiento súbito aparecen, y de forma más cercana aún al *Lazarillo*, en la vida de Homero:

Después temiendo la infamia que dello se le podría recrecer, casola con un maestro de gramática, natural de Smyrna cibdad, llamado Famio. Y dende a poco, yendo ella al lugar donde se lauavan los de aquella cibdad, que era cerca del río Meletes, viniéronle súbitamente dolores del parto, y parió a Homero, el qual se llamó primero Melesigenes porque nació cabe el río Meletes. Y después, como fuesse ciego, llamaronle Homero porque los de aquella tierra llaman a los ciegos homeros. Esto dize Ephoro de Homero; empero Aristóteles, discrepando de aquesto, en el tercero libro que escriuió de la poesía dize que en el tiempo que Heleo, hijo de Codro, pobló de estranjeros a la prouincia Jonia, una moça de aquella tierra se empreñó de cierto dios que tenía conuersación con las musas, la qual queriendo huyr la infamia de lo que auía hecho, se fue a un lugar llamado Egina, donde la catiaron ciertos ladrones y truxéronla a la cibdad de Esmyrna, que entonces estaua debaxo del imperio de los lydos, y la empresentaron al rey Meón, el qual, enamorado della, la tomó por muger. Y como estouiesse preñada, llegando el tiempo del parto, espaciándose por la ribera del sobredicho río Meletes, le vinieron dolores del parto y parió a Homero [...] Mandaron pregonar que qualquier que quisiesse seguir

19. *La vida de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades*, ed. crítica, prólogo y notas de José Caso González, Madrid, Anejo XVII del Boletín de la RAE, 1967, p. 64.

20. Véase su comentario en *Las dos caras del “Lazarillo”*. *Texto y mensaje*, Madrid, Castalia, 2000, pp. 131-132.

21. *La vida de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades*, ed. de Aldo Ruffinatto, Madrid, Castalia, 2001, p. 113.

el partido de los lydos saliesse de la cibdad; entonces Homero, que era ya mancebo de edad, junto con otros mancebos, dixo que él lo quería seguir y de [ ] le llamaron Homero, como antes se dixesse Melesigenes. [...] ; O, Homero, dichoso y desdichado, nacido para entramas su[e]rtes!, f. XCII.

Lázaro, como Homero, toma nombre del río a cuya orilla le coge el parto a su madre. Este motivo del alumbramiento repentino todavía reaparece en la vida de Virgilio, aunque ya no asociado al río. Curiosamente se le unen otros detalles que, aunque con una función totalmente distinta, están también en el *Lazarillo*:

Vergilio, poeta latino, fue hijo de Marón, el qual, como algunos dizen, fue ollero o, segund otros hombres, de soldada de un viandante. Nació [...] en una aldea llamada Andes, cerca de la cibdad de Mantua, como escriue Eusebio Cesariense en el Libro de los tiempos. Estando su madre preñada dél, soñó que auía parido un ramo de laurel, el qual, en tocando en el suelo, luego se hizo árbol grande lleno de muchas flores y frutas; y otro día siguiente, yendo con su marido a una labrança del campo, tomáronle súbitamente dolores del parto y apartose del camino y parió a Vergilio [...] Y tomó amistad con el cauallerizo del emperador Octauiano, y curaua los cauillos de las dolencias que tenían, por lo qual mandó Octauiano que dende en adelante diessen a Uergilio ración de pan cada día como a los otros de su caualleriza [...] Y como esto saliesse verdad como Vergilio lo auía dicho, mandó Octauiano que le doblassen la ración del pan. Y como viesse el Emperador a Vergilio de tanto saber en estas cosas de conocer castas, y él dubdasse quién era su padre, pensó que Vergilio se lo sabría dezir y preguntole quién pensaua que fuesse su padre; a lo qual Vergilio respondió que pensaua ser el hijo de algund molinero y que lo creya asy porque, siendo emperador y señor del mundo, le auía mandado dar ración de pan, y después acrecentársela también el pan, f. XCIII.

Si recordamos el nacimiento de Lázaro, vemos cómo Alfonso de Valdés toma elementos de las tres biografías:

Mi nascimiento fue dentro del río Tormes, por la cual causa tomé el sobrenombre<sup>22</sup>. Y fue de esta manera: mi padre, que Dios perdone, tenía cargo de proveer una molienda de una aceña que está ribera de aquel río, en la cual fue molinero más de quince años; y estando mi madre una noche en la aceña, preñada de mí, tomóle el parto y parióme allí. De manera que con verdad me puedo decir nascido en el río,” pp. 111-112.

Lo que sucede es que, después del motivo del parto súbito de la madre en un lugar que cobra significado en la vida del personaje y que se recoge en su nombre o sobrenombre, se puede ver el guiño que el escritor hace al nacimiento de Amadís,

22. Aunque el pasaje nada tenga que ver, Hernán Núñez comenta, hablando del rey Fernando I, “el autor no syn causa le dize el Magno, que significa el grande, el qual sobrenombre siempre se da a grandes reyes y señores que han hecho cosas muy notables y hazañas”, f. CLXXXIII.

el “Doncel del Mar”<sup>23</sup>. La anécdota de Virgilio frecuentando las caballerizas de Octaviano que desemboca en la atribución irónica del padre molinero al Emperador nada tiene que ver con la urdimbre del texto del *Lazarillo*, pero podría tenerlo en la materia verbal; el padre molinero de Lázaro y la madre frecuentando las caballerizas del comendador de la Magdalena no dejan de ser curiosas coincidencias en ese pasaje tan significativo.

### 1. 3. 4. Hablando con mucho honor de los lectores

Una de las expresiones esenciales para poder *ver* la construcción del *Lazarillo* es la petición de disculpa que hace Lázaro tras haber dicho la palabra “parir”; su “hablando con reverencia de Vuestra Merced porque está ella delante”, p. 208, nos permite advertir que “Vuestra Merced”, la misteriosa persona a quien dirige su declaración Lázaro, es una dama, porque se refiere a ella con el pronombre femenino. Lázaro no se dirige al arcipreste de San Salvador en ese momento; acaba de cerrar el parlamento que le dijo y regresa a la declaración en la que va insertando esos breves discursos directos; al “espacio narrativo”, como le llama F. Lázaro Carreter, que indica cómo “entran en el espacio narrativo diversas voces, con su tono y su acento, pero sin trabarse en diálogos”<sup>24</sup>. Después del “— Señor —le dije—, yo determiné de arriarme a los buenos [...] me han certificado que, antes que comigo casase, había parido tres veces”, p. 207, en donde no hay más referencia al clérigo que el vocativo “señor”, regresa al espacio de su deposición que tiene como destinatario a “Vuestra Merced”—a quien nunca se dirige en vocativo—, formula la disculpa por el término “parir”, que podría molestar a una dama, y continúa: “Entonces mi mujer echó juramentos sobre sí, que yo pensé la casa se hundiera con nosotros”, p. 208.

En las glosas, Hernán Núñez usa una expresión semejante; está comentando la copla CI, y en ella el verso “y muchos que juntan tales criminosos” (refiriéndose a adúlteros, “fornicarios” e incestuosos): “Significa los hombres o mugeres por cuya intercesión los tales criminosos se juntan. Los quales el vulgo suele llamar alcahuetes (hablando con mucho honor de los letores)”, f. LXVI v. La palabra “alcahuetes” provoca la misma reacción que en el *Lazarillo* “parir”: la petición de disculpa al destinatario del texto; en el caso de las glosas, a los lectores; en el del *Lazarillo*, que es una declaración, a la persona que ha solicitado la información, “Vuestra Merced”, que también está “fuera” del texto —no como el arcipreste o la mujer de Lázaro, que están en él—; sólo que, al no ser el habitual destinatario de un texto que es el lector

23. Como dice F. Lázaro Carreter: “Lázaro de Tormes inicia su relato haciendo un guiño al *Amadís*, narrando su nacimiento en el río, con lo que araña amablemente su acatado prestigio”, “El *Lazarillo de Tormes* en los albores de la novela”, en *Clásicos españoles. De Garcilaso a los niños pícaros*, Madrid, Alianza Editorial, 2003, p. 411.

24. “El *Lazarillo de Tormes* en los albores de la novela”, p. 418.

(porque el relato de Lázaro no está escrito, sino sólo dicho, por el personaje) añade la aclaración “porque está ella delante”, semejante al “estar presente” de los textos jurídicos. En *Batallas y Quinquagenas* de Gonzalo Fernández de Oviedo, le dice Sereno al Alcaide: “Y aún conjeturo que como [...] no pueden dejar de llegar a sus manos estos renglones, habláis como *delante de Su Excelencia*”<sup>25</sup>.

Y debe unirse a aquella expresión las palabras de Lucrecia a su señora Alisa al nombrar a la alcahueta Celestina: “Celestina, hablando con reverencia, es su nombre”<sup>26</sup>. Lucrecia pide disculpas a su señora por decir el nombre de Celestina, que es sinónimo para ella de “puta” porque podría ofenderla; lo mismo ocurre con la palabra “parir”, que exige la fórmula de cortesía sólo ante una mujer porque no atañe a un hombre. Esa mujer, esa dama, no es personaje del relato de Lázaro, sino su destinataria; pero el pregonero no la conoce y no se dirige directamente a ella con vocativo alguno. La dama no sabe que Lázaro es pregonero porque él se lo cuenta partiendo de su desconocimiento: “Y es que tengo cargo de pregonar los vinos que en esta ciudad se venden [...] pregonero, hablando en buen romance”, p. 206. Lázaro sí sabe, en cambio, cuál es la relación que tiene la dama con el arcipreste de San Salvador, “servidor y amigo de Vuestra Merced”, sabe que se confiesa con él; de ahí el interés de la dama por “el caso”, porque peligra el secreto de lo que le dice en confesión al arcipreste, si es cierto que está amancebado, además de gustarle el vino (no olvidemos el significativo detalle de que Lázaro pregona sus vinos). Dice Erasmo por boca de la Locura a propósito de los frailes: “Conocen todos los secretos de todos por medio de eso que llaman confesiones. Saben que no les es lícito divulgarlos a no ser cuando beben y quieren entretenerse con historietas amenas, pero siempre sin mencionar nombres, y dejando los hechos a la conjetura”<sup>27</sup>.

### 1. 3. 5. Los curas cazadores

Hernán Núñez introduce en sus glosas ataques contra la corrupción de los miembros de la iglesia, y Alfonso de Valdés no los desaprovecha. Ambos hablan de los clérigos más preocupados por la caza que por su labor apostólica. El pasaje de las glosas permite además enlazar de nuevo el texto del *Lazarillo* con el *Diálogo de Mercurio y Carón*. Habla el autor a los sacerdotes:

Pero, guay de nosotros, que deemos ser exemplo de corrección y sómoslo ya del error, y esto prouiene de ignorar la ley de Dios y de auer fastidio de la leer. Y no embarcante esto, procuramos cada día tener cáhedra y cura de ánimas. Pues luego ¿de qué nos

marauillamos sy cae el sacerdote! ¡sy no leuantan a los que pecan y es la guía de los ciegos! Ves aquí el que huella la ley de Dios y la menosprecia como la muerte. Pero el que amó, el que sostouo, el que codició de todo su coraçón a su muger o tener a su manceba, posseer cauallos y azémilas en su establo, mantener perros para la caça y assí mesmoalcones, y empero es él semejante al cauallo o mulo, que carecen de entendimiento, cobdicia ser honrrado en los conbites y ser llamado de todos maestro. Ves aquí cómo cae el sacerdote; ves aquí cómo biue. Pero si cae el que parecía ser columna en el templo, ¡quánto más cayrán los populares! Sy Dios en sus ángeles halló maldad, ¡quánto más la hallará en aquellos que moran en casas de lodo y que son formados de la tierra! Pues luego aprended la ley de Dios, sacerdotes, porque no maldigáys al sordo; que entonces maldezís al sordo quando por la ignorancia no sabéys dar consejo. Entonces ponéys al ciego en que estropiece quando enseñáys lo falso por lo verdadero, f. LXXVII r.

En el *Diálogo de Mercurio y Carón*, se nos ofrece dos veces la imagen del sacerdote cazador. Dice el ánima del mal obispo (cuya amiga es la bella Lucrecia): “¿No tenía hartos que hacer [...] y en andar a caza y buscar buenos perros, azores y halcones para ella?”, p. 127. Y el bueno, en la segunda parte, dice: “¿Cómo reprehenderé al lujurioso si yo no soy casto, y al soberbio, si yo no soy humilde, y al comilón si tengo por dios mi vientre, y al jugador si a mí me pasa toda la noche jugando, y al clérigo cazador si mi casa está llena de perros, halcones y gavilanes?”, p. 240.

En el *Lazarillo*, oímos la voz de Lázaro comentar los hurtos de Zaide diciendo: “No nos maravillemos de un clérigo ni fraile porque el uno hurta de los pobres y el otro de casa para sus devotas y para ayuda de otro tanto, cuando a un pobre esclavo el amor le animaba a esto”, p. 115. Es una formulación más intensa y precisa de esa advertencia general “Pero si cae el que parecía ser columna en el templo, ¡quánto más cayrán los populares!”

Pero voy a dejar las glosas como fuente de la invención<sup>28</sup>, porque estoy ya adentrándome en la doctrina del *Lazarillo*.

## 2. LA DOCTRINA: LA SÁTIRA ERASMISTA

Lázaro es sólo un protagonista aparente de su relato; los auténticos objetivos de la sátira de Alfonso de Valdés son sus amos. Lázaro es la víctima de su crueldad, de su falta de caridad, de su lascivia; y el testigo de sus estafas, de su hipocresía, de su miseria. La prueba de ello es que no cuenta lo que le sucede entre amo y amo:

28. No presento concordancias léxicas, que las hay; por ejemplo, el uso de *recontar*: “En las quales recontaba lo que le auía passado”, f. LXVIII, que permite dar el significado de “contar” a su uso en el pasaje del *Lazarillo* “con tanta gracia y donaire recontaba el ciego mis hazañas”, p. 132. Con el mismo sentido aparece al comienzo de *Claribalte*: “Este es un tratado que recuenta las hazañas e grandes hechos...”, p. 2.

25. Madrid, Real Academia de la Historia, 2000, III, p. 33

26. Fernando de Rojas, *La Celestina*, ed. de F. Rico *et al.*, Barcelona, Crítica, 2000, acto IV, p. 115.

27. Erasmo, *Elogio de la locura*, traducción de Pedro Rodríguez Santidrián, Madrid, Alianza Editorial, 1984, pp. 111-112.

“Otro día, no pareciéndome estar allí seguro, fui a un lugar que llaman Maqueda, adonde me toparon mis pecados<sup>29</sup> con un clérigo”, p. 137; “Hube de buscar el cuarto, y este fue un fraile de la Merced”, p. 189; “En el quinto por mi ventura di”, p. 191; “Después de esto, asenté con un maestro de pintar panderos [...] Siendo ya en este tiempo buen mozuelo, entrando un día en la iglesia mayor, un capellán de ella me recibió por suyo”, p. 203; “Despedido del capellán, asenté por hombre de justicia con un alguacil”, p. 205. En dos casos parece que cuenta un periodo de vida independiente entre su servicio a los amos; al final, cuando consigue llegar a ser pregonero, pero es sólo el camino para llegar a desempeñar su papel esencial: el de marido de la manceba del arcipreste de San Salvador. Él dice que es su “habilidad y buen vivir” lo que lleva al clérigo a casarle con una criada suya; evidentemente no son esas cualidades las que justifican la elección, sino su aparente simpleza; aparente porque lo es Lázaro personaje, pero no Lazarillo, el narrador.

También al comienzo del tratado tercero, habla de un breve periodo en que pide limosna, mientras se le cierra la herida del garrotazo del clérigo; pero sólo cuenta esa práctica porque será esencial para su convivencia con el pobre escudero. Éste es misérrimo, fatuo, hipócrita, con un curioso concepto de la honra y un erróneo concepto del servicio a un señor; pero se diferencia de los otros amos de Lázaro, todos eclesiásticos, o viviendo de prácticas externas religiosas como el ciego rezador, porque no es cruel ni perverso. Como dice Lázaro:

Este –decía yo– es pobre, y nadie da lo que no tiene; mas el avariento ciego y el malaventurado mezquino clérigo, que, con dárselo Dios a ambos, al uno de mano besada y al otro de lengua suelta, me mataban de hambre, aquellos es justo desamar, y aqueste es de haber mancilla, p. 173.

Y, en efecto, le tiene lástima, y comparte con él lo que consigue pidiendo. También el escudero, en cuanto le llega a las manos un real, se lo da a Lázaro para que compre comida: “Ve a la plaza y merca pan y vino y carne”, p. 176, y hace partícipe de su alegría a su mozo: “Y más te hago saber, por que te huelgues: que he alquilado otra casa”, p. 176. Ese cortesano es un pobre vanidoso, pero nada tiene que ver con los avariciosos amos eclesiásticos.

Hernán Núñez, al comentar la copla XCIX de Mena, con la definición de la avaricia, aporta autoridades que ilustran la idea de que es el peor de los vicios. “La raíz de todos los males es la cobdicia”, en cita de san Pablo; y recuerda “que por el avaricia vendió a Nuestro Redemptor Judas, su pseudo apóstol”; también el capellán vende a Lázaro todos los días por treinta maravedís, que son los que le exige como aguador. Lázaro se llama así porque es pobre, y todo pobre es imagen de Cristo.

29. Al comienzo del *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*, dice el arcediano del Viso: “Sí, por mis pecados, allí me hallé”, y otra vez en seguida: “Mis pecados me lo estorbaron”, p. 87.

Antes Mena había hablado “de cómo las cosas sagradas se venden / y los viles usos en que se despienden / los diezmos y frutos de Sancta María / con buenos colores de la clerezía”. Y glosa Hernán Núñez: “Los auarientos y malos sacerdotes que venden las cosas consagradas y dan los sacramentos por dineros, y los frutos y rentas de la yglesia que se hauían de espender en limosnas y obras pías despenden en usos viles y cosas viciosas”, f. LXIV. Sólo que luego no quiere entrar en materia y deja al lector que juzgue lo evidente por sí solo:

Sy es peccado o no vender los clérigos y sacerdotes los sacramentos por precio o ser por dineros promouidos a la orden sacerdotal o otras dignidades de la yglesia, porque no es de mi profesión, no insisto en ello; hallar lo ha el letor largamente disputado en el Decreto, en la causa primera, en la questión primera, y en un sermón de santo Agustín que scriuió a los hermitaños que se intitula *De no vendendo sacramenta*, f. LXIV v.

Alfonso de Valdés sí lo denuncia explícitamente; pone en boca de Lactancio un largo parlamento sumamente intenso por el uso retórico subrayando esa venta eclesiástica de los sacramentos:

Al bautismo, dineros; a la confirmación, dineros; al matrimonio, dineros; a las sacras órdenes, dineros; para confesar, dineros; para comulgar, dineros. No os darán la extrema unción sino por dineros, no tañerán campanas sino por dineros, no os enterrarán en la iglesia sino por dineros, no oiréis misa en tiempo de entredicho sino por dineros; de manera que parece estar el paraíso cerrado a los que no tienen dineros, p. 140.

Lo mismo ve Mercurio al contemplar desde lo alto –elige como observatorio la primera esfera– el comportamiento de los cristianos, y los ve “robando, salteando, engañando, trafagando, trampeando, hambreado”; baja a la tierra y él mismo comprueba cómo no le dan la comunión sino por dineros, cómo sin dinero no puede entrar en el templo, es testigo de cómo entierran a un pobre fuera de la iglesia porque no tenía dinero, pp. 84-89. No hay ejemplo alguno de vida cristiana en los eclesiásticos, como no lo daba el Papa, según demostró Lactancio, en el *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*.

Lázaro lo pone de manifiesto contando cómo lo maltratan sus amos, cómo le matan de hambre el ciego y, mucho más aún, el clérigo; cómo estafa fingiendo milagros el buldero, que vive del negocio de las bulas y cómo le explota el capellán.

En el desfile de sus amos hay dos eclesiásticos que no dan ejemplo de avaricia, sino de lascivia: el fraile de la Merced y el arcipreste de San Salvador. Uno le regala unos zapatos, y otro sus calzas viejas; en ambos casos el regalo tiene un significado

sexual<sup>30</sup>. Alfonso de Valdés trata ampliamente el problema de los clérigos amancebados en sus dos *Diálogos*; él, como Erasmo, era partidario del matrimonio de los eclesiásticos; así se lo dice Lactancio al arcediano del Viso: “Pues estando vosotros en pecado con vuestras mancebas, ¿no os parece que muy inominiosamente sois esclavos del pecado y que os quita dél el que procura que os caséis e viváis honestamente con vuestras mujeres”, p. 144. El razonamiento para negarlo que sigue el arcediano culmina en una auténtica lección de cinismo:

Mirad, señor (aquí todo puede pasar): si yo me casase, sería menester que viviese con mi mujer, mala o buena, fea o hermosa, todos los días de mi vida o de la suya; agora, si la que tengo no me contenta esta noche, déjola mañana y tomo otra. Allende desto, si no quiero tener mujer propia, cuantas mujeres hay en el mundo hermosas son más, o, por mejor decir, en el lugar donde estoy. Mantenéislas vosotros, y gozamos nosotros dellas, p. 146.

Es lo que hace el arcipreste de San Salvador: tiene a Lázaro como tapadera de su vicio. Las citas sobre clérigos amancebados se acumulan en los dos *Diálogos* de Valdés; deja entrever incluso las relaciones homosexuales. A ellas se refiere Lactancio con un “no quiero decir peor”: “Pues el sacerdote que, levantándose de dormir con su manceba –no quiero decir peor–, se va a decir misa...”, p. 214.

En la versión primera del *Mercurio y Carón*, que se conserva en el manuscrito de El Escorial, Alfonso de Valdés incluyó una anécdota, deudora directa del *Charon* de Pontano, en que Júpiter se viste con los hábitos de un fraile que estaba con una mujer de concierto y el marido lo apalea creyendo que da una lección al fraile. Concluye el pasaje, que Valdés suprimió en la versión definitiva: “...fue determinado que nunca más ninguno de nosotros tenga que hacer con mujer humana; y porque ellas no se quejasen, quesimos que sucediesen en nuestro lugar los sacerdotes”, p. 82.

Esta sátira contra unos eclesiásticos viciosos es la que forma la “doctrina” del *Lazarillo*. Como dice el arcediano del Viso, “los humanos corazones más aína se atraen con obras que con palabras”, p. 93; los seguidores de Cristo deberían dar “ejemplo de vida”, como él mismo dice hablando de su cabeza, el papa. Lo que cuenta Lázaro es todo lo contrario; sus cinco amos eclesiásticos son ejemplos vivos de mala vida, el mozo da fe de ello. No tienen nombre porque no son individuos, sino tipos humanos representativos de su estamento; como dice él del mezquino clérigo: “No digo más, sino que toda la laceria del mundo estaba encerrada en este. No sé si de su cosecha era o lo había anexado con el hábito de clerecía”, p. 137.

30. Otros textos nos dan la clave de lectura para ver cómo los zapatos rotos de Lázaro indican la relación homosexual con el fraile, véase *Alfonso de Valdés, autor del “Lazarillo de Tormes”*, Madrid, Gredos, 2003, pp. 135-136.

Como he subrayado ya, el único amo de Lázaro que no es cruel ni avaro ni estafador es el miserable escudero; pero es un escudero en paro, no tiene señor a quien servir, porque si lo tuviera, desempeñaría su oficio como los malos cortesanos que se condenan en el *Diálogo de Mercurio y Carón*. Le dice a Lázaro que “...yo sabría mentille tan bien como otro y agradalle a las mil maravillas. Reflle hía mucho sus donaires y costumbres, aunque no fuesen las mejores del mundo; nunca decirle cosa con que le pesase, aunque mucho le cumpliese”, p. 182. Algo parecido le dice a Mercurio y Carón el ánima de uno de los principales de un poderoso rey: “Procuraba de andar siempre a su voluntad y nunca decirle cosa que le pesase. Si él decía algo en Consejo, aunque fuese muy malo, decía yo que era lo mejor del mundo”, p. 107.

Mena en la copla XCIII dice: “Oh miedo mundano que tú nos compeles / muchos placeres fingir por pesares”, y comenta Hernán Núñez: “Deste miedo por la mayor parte nace la lisonja y adulación y que hagamos a los buenos malos, y a los malos buenos, lo qual no deue hazer el hombre virtuoso y de recta consciencia y que teme a Dios”. Y cita a Isaías: “*Veh*<sup>31</sup> qui dicitis bonum malum et malum bonum ponentes tenebras lucem et lucem tenebras propter ea captiuus ductus est populus meus, que significa: Guay de vosotros los que dezís al bueno malo y al malo bueno, haziendo de las tinieblas luz y de la luz tinieblas, por esta causa fue llevado captiuo el mi pueblo”, f. LXIII v. Es la misma cita que pone Alfonso de Valdés en boca de Mercurio reprochando a la mencionada ánima del consejero del príncipe: “¿Tú no veías que eso era contra Dios, decir bien de lo malo y mal de lo bueno? ¿Nunca leíste: *Veh qui dicitis bonum malum et malum bonum?*”, p. 107.

### 3. FINAL

Alfonso de Valdés moldeó un Mercurio y, sobre todo, un Carón de bulto, alejándose él de los personajes, porque en su primer diálogo, como le había reprochado Castiglione, Lactancio era él<sup>32</sup>. Les hizo vivir una anécdota, la compra de una galera por el barquero que le obligó a empeñarse, que tomó del *Charon* de Erasmo, y el desespero del barquero por la supuesta paz que había conseguido el Emperador; los desafíos de los reyes de Francia e Inglaterra que le anuncia Mercurio le devuelven la alegría al hipotecado Carón. También en las *Trescientas* de Mena está el enfado de los dioses del infierno contra los grandes señores de España (coplas CCLIII y IV), “porque tenían treguas con los infieles moros y no les hazían la guerra; de lo qual se les seguía este daño: que muchas ánimas no descendían al infierno. Asy que por

31. Isaías, 5, 20; ambos usan la misma forma *veh*.

32. “E vedesi che le opinioni di Lattanzio sono le vostre, e voi siete Lattanzio; e perciò non sarà inconveniente da qui indietro mutarvi il nome e chiamarvi Lattanzio”, Alfonso de Valdés, *Obra completa*, p. 554.

esta causa los infernales querrían poner tal discordia y guerra ciuil entre los de Castilla que en ella perecería mucha gente y las ánimas que por una parte perdían adquirirían y cobrarían por otra”, como comenta Hernán Núñez, f. CLXXIV. El motivo es el mismo, pero le falta la desmitificación lucianesca de los dioses, el que Carón se haya tenido que empeñar. Precisamente, le ofrece como albricias al dios que le ha dado la noticia lo que quiera, y él le pide “que a todos los sacerdotes que hobieren vivido castos hagas exemptos del pasaje”. Carón le replica: “Poca cosa me pides”, *Mercurio y Carón*, p. 78, y manifiesta su contento. No hace falta indicar lo significativo de ese comienzo.

Las obras de Luciano, Pontano y Erasmo le inspiraron motivos literarios a Alfonso de Valdés, en su *Mercurio y Carón*, para la invención que sustentaba su doctrina, de pura fuente erasmista. En su tercera obra, creó un personaje que padeciera la falta de caridad de los clérigos, de su avaricia, de su lujuria. ¡Quién mejor que un pobre! Como le pregunta Carón al mal obispo: “¿De manera que si viniera Jesucristo a comer contigo, no lo sentaras a tu mesa porque era pobre?” Su respuesta es muy clara: “No, si viniera mal vestido”. Y cuando reacciona y rechaza tal imposibilidad, “¿Cómo había de venir Jesucristo a comer conmigo?”, Carón le replica: “¿No dice él que lo que se hace a un pobrecillo se hace con él, y lo que se deja de hacer con un pobrecillo se deja de hacer con él?”, p. 127.

¿Cómo podía llamarse el pobre que protagonizara su alegato erasmista? Si Hernán Núñez dice que Homero se llamó así porque era ciego, el pobre sólo podía llamarse Lázaro. Uno de los hospitales, centros de acogida para los pobres, de Cuenca, era el de San Lázaro, y Van den Wyngaerde anotó, en su dibujo de la ciudad, “menor”<sup>33</sup> para indicar que no se refería a Lázaro de Betania sino al pobre del Evangelio maltratado por el rico Epulón (Lucas, 16, 19-31).

El mismo desfile que hay en el *Mercurio y Carón* lo ideó para el *Lazarillo*; personajes sin nombre<sup>34</sup>, representantes de dos estamentos, el eclesiástico y el cortesano, sólo que no iban al encuentro de personajes con tradición literaria como Mercurio y Carón; sería un pobre, Lázaro, quien los sufriría como criado. El modelo del mozo de muchos amos que le ofrecían Pármeneo, Sempronio, Galterio, Rampín, el mismo Francisco, el criado del escudero Moñiz de *Tinellaria* de Torres Naharro, le sirvió a Alfonso de Valdés para engastar esos amos mezquinos, crueles, hipócritas, lascivos,

33. Pedro Miguel Ibáñez Martínez, *La vista de Cuenca desde el Oeste (1565) de Van den Wyngaerde*, Cuenca, Diputación de Cuenca, 2003, pp. 131-132.

34. Le decía Erasmo a su amigo Martín Dorp a propósito del *Elogio de la locura*, en donde no hay tampoco sátira personal: “¿Qué mordacidad puede haber cuando no se nombra a nadie ni se ataca a nadie en particular, excepto a mí?”, trad. de P. Rodríguez Santidrián, p. 152. Alfonso de Valdés crea tipos, sólo que su arte en configurarlos es tan espléndido que, a pesar de no tener nombre, los recordamos como personajes.

explotadores. Lo que sucede es que la clave era cómica, como corresponde a la sátira, heredera de la antigua comedia, como dice el propio Hernán Núñez:

*Satura*, como escriue Sexto Pompeio sesto, es un género de manjar compuesto de diuersas cosas, del qual se dize la Sátira, que es género de escriptura en que se trata de varias y diuersas reprehensiones de muchos vicios, que los latinos primero inventaron, como escriue Quintiliano, porque los griegos no escriuieron sátiras sino en lugar dellas usaron de la comoedia antigua, f. XCV.

Y Lázaro, el pobre, es a veces simple, como en la anécdota del toro de piedra, o en la del entierro; otras, intenta burlar al astuto con más o menos suerte; acaba siempre descalabrado como el criado o el bobo de comedia<sup>35</sup>. En ocasiones no interviene, sólo observa; y, como simple, es engañado, como lo es la buena gente, por el burlador buldero. Y acepta el trato que le propone el arcipreste, supuestamente por lo bien que pregona sus vinos, pero en realidad por su condición de simple que tanto le conviene al clérigo. Y acepta vivir en una casilla al lado de la suya y se pone sus calzas viejas y decide hacer oídos sordos a lo que oye sobre su mujer y su señor. Lo que sucede es que quien cuenta todo esto no es Lázaro, sino Lazarillo, y no es un diminutivo afectuoso, como no lo es la única vez que aparece en el relato, en boca del ciego al darse cuenta de que le ha puesto el nabo en vez de la longaniza. Eso es lo que hace Alfonso de Valdés con su personaje: su relato no es el de Lázaro, el simple, sino el del agudo y astuto Lazarillo, un inteligente bufón<sup>36</sup> o filósofo, lo que se quiera. La doctrina la sabía de coro, como diría él o Alfonso de Valdés, que supo imaginar una invención ingeniosísima bebiendo en muy diversas fuentes.

35. Sólo una vez devuelve el golpe, al final de su servicio al ciego; le ha aplicado la lección de crueldad que tan bien le había enseñado.

36. Le comenta Erasmo a Martín Dorp en su citada carta a propósito de la *Moría*: “¿No hicieron lo mismo los príncipes antiguos al introducir los bufones en sus cortes con el propósito de exponer y corregir ciertas faltas por medio de su palabra sincera e inofensiva?”, p. 150